

MIREYA HERNÁNDEZ

Veó el mundo como
una gran sinfonía

Índice

ALLEGRO

- Penúltimos instantes antes del último, 11
 - El otro heterónimo, 16
 - Todos los discos el disco, 19
 - Irredento Dinamita, 24
 - Leopoldstadt, 26
 - El cuchillo y la carne, 27
- Pequeña historia de un duelo o nuevas formas de mirar, 30
 - Plegarias no atendidas, 37
- 1977 pájaros volando hacia la cabeza de Marcel, 38
 - Santa Rita de Casia, *ora pro nobis*, 41
 - Pangrama del tío Co y el mar, 43
- He oído llorar a Herbert Morrison, 49
 - Una muñeca rusa, 50
 - Y después hierba, 56
- 24 estrellas reflejadas en un pozo, 62
 - Un salto vertiginoso, 63
 - Cuerpo en fuga, 68

ADAGIO

- Una noche salvaje y un camino nuevo*, 71
 - Asíntota elemental, 79
- La danza sigue, en ancha rueda, copiando los giros perfectos de los astros, 81

MINUETO

- El secreto de tu pelo negro, 89
Tres entradas de un diario, 91
Marginalia, 93
Ese día vestido de novia o de fantasma, 94
Whisper Not, 99
A pesar de todo, la primavera, 100
Он был фермером, как я, 105
¿Pero dónde están Vladimir y Estragón?, 108
Regina Coeli, 110
Roy contra los siete rayos, 111
Una formidable lección de audacia, 118
A través del espejo y lo que Lucas encontró allí, 120
Desde luego, la realidad se altera, 121
Réquiem por una canción, 123
He aquí unas manos frías, 127
Encuentro probable de un ciego con una vaca, 131
según Olga Skorojodova, 131
Mirando al perro que mira, 132
Vi relucir dos luceros, 136
A propósito del plagio, 137
Un piano es un piano es un piano, 138
Y sin embargo, se mueve, 142
El viaje de la primera muerte, 146
La Bañeza, 147
De luciérnagas y bombas, 148
Continuación de mi encuentro con el Chat GPT, 150
¿Qué van a ser bagatelas?, 152
Caja china o el corazón de una cebolla, 154

FINALE

La memoria de las hormigas, 159

Una finca, un paisaje, un coto de caza, 162

El reino animal del cielo y de la tierra, 166

El gesto iluminado, 168

Modos de sortear el abismo, 174

Universal Soldier, 176

Del matrimonio imposible entre la poesía y el fordismo, 177

Senza matina, 188

Olga Skorodjodova frente a un cielo nublado, 182

En memoria de un hombre solo, 183

Otra muñeca rusa, 185

Armonía de las esferas, 192

Agradecimientos y créditos, 201

No sé si lo dijo Borges. Tal vez fue Platón. O tal vez fue Georges Perec. Toda historia remite a otra historia que a su vez remite a otra historia que a su vez remite a otra historia. Hay historias que son los manes tutelares de una historia, hay historias que son las llaves de una historia y hay historias que nos llevan al borde del vacío y que nos obligan a plantearnos las grandes preguntas. Yo solo conozco una de las preguntas. ¿Cómo construir un puente? Y por descontado desconozco la respuesta.

ROBERTO BOLAÑO

Allegro

Penúltimos instantes antes del último

Pero empecemos por el principio.

Querida señora Burbidge:

No puede imaginarse lo complacida que me sentí al encontrar su exquisita cesta de flores en nuestra sala de estar [...]. Las rosas y claveles son tan hermosos y tan frescos como si los acabaran de cortar.

¡Pero qué barco! Tan enorme y magníficamente decorado.

Eso le escribió Ida Straus a una amiga el 10 de abril de 1912, unos días después de que Robert Scott, Edward Wilson y Henry Bowers murieran congelados. El buque acababa de zarpar del puerto de Southampton y se dirigía a Nueva York con mil trescientos diecisiete pasajeros y ochocientos noventa y un tripulantes, con una cúpula de cristal, habitaciones decoradas con paneles de pino blancos y muebles de caoba, un salón inspirado en el Palacio de Versalles, una chimenea de mármol, un *Café Parisien* exitosísimo, dos salas de lectura, un hospital, un gimnasio, una piscina cubierta, sillones y mesas de mimbre, escalinatas, relojes de pared, un menú con consomé, *cock-a-leekie*, *dumplings*, langostinos, galantina de pollo, filetes de rodaballo, chuletas de cordero a la parrilla, salmón con mayonesa, natillas de manzana, merengue, queso roquefort, camembert y *cheddar* para los pasajeros de primera clase, y copos de avena, panqueques con jarabe de arce, salchichas, riñones de buey a la plancha, jamón a la parrilla con huevos fritos, patatas fritas, té, café, consomé, pollo al curri, cordero con salsa de menta, pavo con salsa de arándanos, arroz blanco, fruta, helado, queso y galletas para los de segunda. Ochocientos ochenta y dos

pies de eslora, mujeres arrastrando sus vestidos de gala por los suelos recién encerados, Wallace Hartley tocando el violín, Imanita Shelley y su madre decepcionadas al entrar en su camarote de segunda clase y Sylvia Caldwell preguntándole a un mozo: «¿Es realmente insumergible este barco?»», a lo que este responde: «Sí, señora. Ni Dios podría hundirlo».

Un socialista de Malmö al que habían procesado por insultar al rey Oscar II de Suecia también subió al buque aquella mañana clara. «¡Todos a tierra!», y los familiares se despidieron y descendieron por las pasarelas. Un fogonero y su hermano mayordomo por poco se quedan fuera, como los cuatro caldereros que llegaron tarde y no pudieron embarcar. A las 12:15, después de los tres silbidos atronadores de las sirenas, la nave zarpó y avanzó lentamente por el muelle, como un cisne colosal que surcara por primera vez el mar en calma.

Pasaron cinco días y cuatro noches entre bailes y partidas de cartas, charlas y lecturas en sillones mullidos. El prometido de una joven inglesa la esperaba en América para casarse, Adolphe Saalfeld se fumó dos puros antes de irse a la cama y luego escribió a su mujer: «Si no fuera por una ligera vibración, no sabrías que estás en el mar», el capitán Edward Crosby habló de motores diésel con el señor Taylor, la joven Harriette contó que acababa de terminar su educación musical en el extranjero, el pequeño Robert hacía girar la peonza en la cubierta trasera, la diseñadora Lucy Duff-Gordon no paraba de alabar las fresas del desayuno y Margaret Brown oía hablar del barco y de sus maravillas a mujeres envueltas en pieles y hombres con abrigos pesados.

A las 23:38 del 14 de abril, Frederick Fleet divisó una sombra oscura frente a la proa del buque. Tocó tres veces la campana y gritó por el interfono: «¡Iceberg justo al frente!». El timonel trató de esquivarlo virando hacia babor, pero ya era tarde. Dos minutos después, el casco chocó con el bloque de hielo que había ocultado aquella noche sin luna y empezó a resquebrajarse. Si hubiera habido luz para ver la línea blanca de las olas romper contra el tém-

pano, si hubieran tenido binoculares, si el vigía hubiera dado la alarma antes, aquellos cincuenta y cinco mil caballos no se habrían sumergido en el Atlántico bajo un cielo negro cuajado de estrellas.

Pero antes: el silbido dentro del barco, el agua desplazando el aire contenido en su interior, el buque parado en medio del océano, los empleados del servicio postal moviendo las sacas para evitar que se mojen las cartas, el bamboleo de nuevo sobre las olas, las grietas cada vez más grandes, el mensaje



de socorro en código Morse —«CQD CQD CQD CQD CQD CQD DE MGY MGY MGY MGY MGY¹ posición 41.44 N 50.24 W»— y la respuesta del RMS Carpathia, que acudía al rescate pero tardaría cuatro horas en llegar; los claveles de la señora Straus tirados por el pasillo junto con los naipes y los tripulantes; el agua de la piscina mezclándose con la del mar, «agua, por todas partes agua», las sillas de mimbre bañadas en consomé; las damas convertidas en sus vestidos de gala, arrastrándose por el suelo recién encerado y gritando como si alguien más allá de aquella noche y aquel mar pudiera oírlos; lngstins, galntina de pllo, fletes de rdballo, chulets de crdero a l prrilla, slmón cn myonesa, todo revuelto, natills de mnzn, merngue, queso rquefrt, cammbert y chdar, cops de avna, pnquequs cn jarab d arce, slchichs, rñons e buey a la plncha, jmón

1 CQD son las siglas en inglés de «Come quickly, distress»: vengan de prisa, peligro. MGY era el código que identificaba la estación telegráfica del Titanic.

a l prilla con huevs frits, pttas frits, té, cfé, pllo al crri, cordero con salsa de menta bañando las alfombras, pvo cn sls de arándns, arrz blnc, fruta de todos los colores, hlado, quso y glltas, primera o segunda clase, ¿qué importa eso ahora? La pregunta de Sylvia Caldwell taladrándole la mente al mozo, y el mozo, desplomado en una esquina sobre veinte hombres más, tratando de averiguar qué era aquello tan poderoso que los iba a hundir a todos. Y mientras, la orquesta tocando valsés, *quicksteps*, marchas, tocando a Strauss y a Gilbert y Sullivan, tocando *ragtime* con el piano antes de que lo tocaran Count Basie y Duke Ellington en algún tugurio de Harlem. Cuenta la leyenda que el último tema que sonó fue *Nearer, my God, to Thee* [Más cerca de ti, Dios mío], con el barco a oscuras y totalmente inclinado. «¡Pero qué barco! Tan enorme y magníficamente decorado».

Y luego: los botes salvavidas, el capitán Smith enloqueciendo por momentos, los buques cercanos con las radios apagadas durante el naufragio, el operador Phillips negándose a abandonar la estación hasta quedarse sin electricidad y correr a popa y subirse a un bote y caer al agua gélida y morir. Y Frederick Fleet, que lleva en los ojos una pena que no se le irá nunca. Y el iceberg, tan enorme y majestuoso, inmóvil en mitad de la noche, mirando cómo se apagan todas esas vidas, cómo el mar engulle al coloso de acero hasta que no queda nada más que el silbido del viento después de la agonía.

El mar furibundo y monstruoso, el mar del que no sabemos nada, el «mar sin horizonte» de Calvino, «esa incomprensible masa de agua»; el pozo de agua amarga de Vilariño, el mar indemonstrable de Ce Santiago y su costa «pretendida y transitoria [...] que temen avistar quienes se han entregado para siempre al mar, quienes son para siempre del mar: el mar». El mar del poeta gaditano, el mar transparente de Anne Carson, «aquel violento / y antiguo ser que roe los pilares / de la tierra y es uno y muchos mares / y abismo y resplandor y azar y viento» de Borges; el mar como «cielo caído / por querer ser la luz» de Lorca; el mar de acero machadiano, el mar

que palpita de Verlaine, el enemigo de Ulises, el mar del capitán Ahab, «la mer, la mer, toujours recommencée» de Valéry; todos los mares, todas las aguas, las olas, las algas, las rocas, todo estaba allí aquella madrugada para devorar a los pasajeros como la ballena devoró a Jonás, como las llamas devoraron al zepelín alemán.

«Y, como plomo, la nave desapareció bajo sus aguas».²

2 Esta cita y la de «Agua, por todas partes agua» pertenecen a *La balada del viejo marinero*, el poema de Samuel Taylor Coleridge publicado en 1798.

El otro heterónimo

Cada mañana, en la plaza de Rossio, un hombre habla con Pessoa por la calle. Lleva la corbata al revés y unas gafas de pasta enmarcan sus ojos redondos como canicas brillantes. Pessoa no está a su lado, evidentemente, pero las conversaciones son riquísimas, llenas de meandros y socarronerías. Cualquiera podría pensar que este señor es en realidad un heterónimo en carne y hueso del escritor lisboeta que se ha escindido del tiempo y vaga entre las casas cubiertas de azulejos trazando una y otra vez los recorridos de sus libros. O puede que sea un tipo que ha resucitado al autor setenta y cinco años después de su muerte aprovechando que tenía aún muchas cosas que decirle. Lo que está claro es que lo conoce bien, porque le habla de la escuela de monjas irlandesas de West Street, de la revista *Orpheu*, del café Martinho da Arcada. A veces se exalta, otras mira taciturno las golondrinas que vuelan bajo anunciando tormenta. Una vez lo oí recitar «El guardador de rebaños»: «Porque la luz del sol vale más que los pensamientos / de todos los filósofos y todos los poetas», que Pessoa escribió en una sola tarde, de pie, sobre una cómoda. También le habla de la masonería y los Rosacruces, y luego se queda callado unos minutos, como si estuviera escuchando su respuesta larga y pausada, y tarda un buen rato en sacar otro tema. Pessoa debió de hablarle una mañana inundada de luz de Whitman y sus multitudes, porque el hombre sin nombre entonó el comienzo de «Tabaquería»: «No soy nada. / Nunca seré nada. / No puedo querer ser nada. / Aparte de esto, tengo en mí todos los sueños del mundo».

Aquellos encuentros invisibles ocurrieron durante la primavera de 2010, apenas unos meses después de que un vendedor ambulante tunecino se inmolara para protestar por que le confiscaran su puesto de frutas y por la humillación que sintió al denunciarlo. La policía se había llevado la carreta, la báscula y los productos y le había abofeteado y escupido. La muerte del joven Mohamed Bouazizi, que recordaba a la del checo Jan Palach, desencadenó la revuelta popular en Túnez y trajo consigo la Primavera Árabe.

¿Pero qué ocurría en ese tiempo sin tiempo en que el hombre de la plaza de Rossio no caminaba junto a Pessoa todavía, o quizá caminara dentro de su cabeza en una dimensión paralela de adoquines —al fin y al cabo, los adoquines siguen siendo los mismos— y brillos sobre el río Tajo? ¿Qué ocurría en ese Portugal del cambio de siglo al que Pessoa llegó solo tras dejar a su familia en Sudáfrica, a orillas del océano Índico, y se fue a vivir con su abuela Dionísia y dos tías en la calle Bela Vista, 17? ¿Qué pasó antes de montar la pequeña tipografía y de conocer a Ofélia? Que la monarquía lusa se tambaleó. El 1 de febrero de 1908, dos miembros del Partido Republicano dispararon al carruaje en el que Carlos I y su familia se dirigían al palacio real y asesinaron al penúltimo rey de Portugal. A su heredero lo hirieron de muerte, y ellos fueron abatidos en la propia plaza.

Cien años más tarde, a medio camino entre aquel lugar que dos siglos antes había temblado y el local de la calle Conceição da Glória, 38 donde el escritor múltiple abrió su fallida «Empresa Íbis-Tipografía Editora-Oficinas a Vapor», el hombre de la corbata al revés y las canicas por ojos hablaba y hablaba con el poeta que una vez escribió: «Pedí tan poco a la vida y ese mismo poco la vida me lo negó. Un haz de parte del sol, un campo próximo, un poco de sosiego con un poco de pan, no pesarme mucho el saber que existo, y no exigir nada de los otros ni ellos nada de mí. Esto mismo me fue negado, como quien niega la limosna no por falta de buena alma, sino por tener que desabrocharse la chaqueta. Escribo, triste, en mi cuarto tranquilo, solo como siempre yo he estado, solo como siempre es-

taré. Y pienso si mi voz, aparentemente tan poca cosa, no encarna la sustancia de millares de voces, el hambre de decirse de millares de vidas, la paciencia de millones de almas sometidas como la mía al destino cotidiano, al sueño inútil, a la esperanza sin vestigios».³

3 *Libro del desasosiego*. Fernando Pessoa, 1935. Editado por Acantilado con traducción de Perfecto E. Cuadrado.